

Nº 568
3
Enero
2022
Lunes



La inmovible postura de Pedro Sánchez

Emilio Álvarez Frías

Como diría un castizo, Pedro Sánchez tiene una jeta que se la pisa. El tío no hace nada a derechas. Le importa una higa cualquier cosa que tenga relación con el buen gobierno de España. Le toma el pelo a San Pedro y a todos sus ministros y presidentes de Comunidad. Y por ende, a la plantilla completa de españoles, sin excepción alguna. Incluso, a veces, se cree dotado de unas facultades y un poder con los que enrollar a notables cerebros o mandamases jactanciosos de otros países, por más que para ello le falta el señorío que ha de acompañar a los otros valores para convencer sus mentes o su petulancia. Ello lo hace con similar compostura a la que emplea cuando atiende a otros seres o grupos que consideran que como presidente de la nación ha de tener en cuenta sus necesidades, sin valorar a quien tiene delante, sino utilizando el mismo rasero para todo bicho viviente, y, aunque aparentemente los escucha con interés lo que le sugieren o comentan, lo cierto es que le entra por un oído y le sale por el otro.



De la pandemia no quiere saber nada y lo que cuenta en sus homilias televisivas son pura tomadura de pelo a los oyentes, sin tener en cuenta lo que le recuerda la prensa; nada de lo que dice tiene visos de verdad por más que sus huestes serviles luego se harten de defender con ardor y suma energía las sandeces y mentiras que pontifica. Con promesas que no se molestará en intentar sacar adelante da señales de que no le importa la economía, pues se pitorrea de los empresarios y trabajadores que se parten los riñones cada día con el esfuerzo que hacen para mantener sus empresas y sus familias. Lo de la electricidad, con lo que juega al tute, es algo injustificable, pues nadie sabe cómo explicar que aquello que hace un año costaba 40 euros hoy llegue a



alcanzar 340, sin que el Estado tome el tema con serenidad e interés para aclarar los motivos de ese encarecimiento y situarlo en su justa medida, venga de donde venga el encarecimiento, ya proceda del mercado mundial o de Nuestra Señora de la Luz, patrona del gremio.

El tema de Cataluña es de auténtica vergüenza; compadrea con los mequetrefes que chulean al Estado y sus instituciones, sin que estas tomen las drásticas medidas que están pidiendo a gritos, tanto los que mueven el cotarro por sus provocaciones e incumplimientos de las leyes como los que han de permanecer callados por imposición de las autoridades y para evitar su persecución. Otro tanto sucede, con sus variantes por diferentes lugares del país, como es el caso de los terroristas de ETA que controlan las provincias vascas, e incluso Navarra, pues se pitorrean de él, de Pedro, y de toda España, tanto en el Parlamento como en las instituciones de sus respectivos territorios, sin pudor alguno, sino todo lo contrario, crecidos y envalentonados como matones que son, poniendo sobre el tapete una arrogancia maligna miserable, manifestándose con bravatas sinuosas y jactancia de perdonavidas, que acongoja a los naturales de esos lugares y los somete a una opresión inadmisibile.

Y se empeña y consigue la aprobación de unos presupuestos que todos los sectores de la economía califican como imposibles de poderse cumplir, ya sean de dentro o de fuera de la nación; y consigue le digan amén a un teórico «cambio» a las medidas adoptadas por el gobierno de Rajoy para sacar adelante la profunda crisis económica en la que estaba sumida España en aquel tiempo, por culpa, precisamente, de otro gobierno parecido, que no igual, mediante un acuerdo con empresarios y sindicatos que no deja de ser un maquillaje para salvar la promesa hecha con bombo y platillos de que aquellas iban a ser derogadas, cosa que no le ha resultado posible dado que se le vendría abajo toda la ayuda económica que espera llueva desde Bruselas; y llega a final de año sin cumplir infinidad de promesas realizadas, bien paridas directamente por su magín, bien por complacer a sus allegados comunistas o separatistas.

Ante el convencimiento de que es imposible que Pedro Sánchez pueda hacer algo a derechas por el bien de España al empezar un nuevo año, impenablemente es necesario proseguir con la idea de que hay que desmontarlo del sillón de La Moncloa lo antes posible. A él y a todos sus colegas que han infectado las instituciones de la nación, sean concertinos o toquen cualquier otro instrumento. Sin andarse con sentimentalismos ni congojas de ningún tipo.

Para que nos acompañe en esa permanente idea, hoy traemos un botijo navideño, simpático aunque solo aporte el gorro de Santa Claus a las fiestas, que hemos encontrado revolviendo en una cerámica de Toledo, y que no certifica su origen con los datos del ceramista, pero que vale bien para el momento, ya que nos ofrece la cara que se les queda a los españoles cuando escucha las liturgias en las que se mete Pedro Sánchez.



* * *

Las decepciones de la vida

Manuel Parra Celaya

Posiblemente, nuestro primer desencanto en la vida fue cuando, a fuerza de realismo infantil y de confianzas malintencionadas de algún compañero de clase, nos enteramos del *secreto* de los Reyes Magos; claro que a esas edades –por lo menos, en aquella época– estaba muy desarrollada la capacidad de resiliencia, de forma que la frustración desaparecía pronto e iban apareciendo nuevas ilusiones.

En los años de la adolescencia, era –y es– inevitable que fueran surgiendo



otras desilusiones, especialmente de índole sentimental; aprendíamos *avant la lettre* la fragilidad de ese *amor líquido* que tan bien ha descrito Bauman; y, poco a poco, entrados en la edad juvenil, aprendimos a desconfiar de los amigos de ocasión, del maquillaje femenino

y de la belleza de unas piernas femeninas enfundadas en unos recios pantalones tejanos. Eran aprendizajes necesarios, generalmente sin más consecuencias.

Pero la sensación de frustración forma parte de la naturaleza humana y, transcurridos los años, bastantes experiencias nos han ido curando de espanto, como se podrá observar en algunos ejemplos a continuación, que seguro serán compartidos por muchos de los lectores.

Así, las grandes y sonoras palabras, como *democracia*, que hemos visto transformarse en realidades mucho menos halagüeñas pero más reales: *partidocracia*, *plutocracia*, *oclocracia*, *demagogia*... Durante la Transición, echamos unas risas al contemplar los esfuerzos de bastantes *demócratas de toda la vida*, y, a la vez, empezamos a desconfiar de que nuestros *representantes* elegidos en los comicios merecieran ese nombre.

Dejamos de creer en las promesas electorales, esas que nunca solían cumplirse, especialmente en casa de los más desfavorecidos; no vimos por ninguna parte políticos con tendencia a ser estadistas, y sí gurús, farsantes o simples *influencers*.

Algo más grave es que la tozuda realidad nos ha llevado a ir desconfiando de la rotunda afirmación de que vivimos en un Estado de Derecho, de que todos los españoles somos iguales ante la ley y de que el poder ejecutivo es independiente de las veleidades del ejecutivo.

Nos suena a burla pasada aquello de que el sistema autonómico iba a terminar con el molesto centralismo y que serviría *para acercar la Administración a los ciudadanos*; ahora sabemos que la verdad es que se han instalado diecisiete

molestos centralismos y que se ha institucionalizado un régimen de reinos de taifas, con la permanente coartada para mayor gloria de los nacionalismos separatistas más reaccionarios.

La *libertad de expresión*, tan anhelada y manoseada, quedó como frase hueca, a golpe de silencios decretados, de exclusiones sectarias y, sobre todo, de generosas subvenciones a los propios y nulas para los discrepantes. En términos generales, las *libertades* quedaron sobrenadando la superficie, mientras se ponían trabas a la libertad profunda, que es la verdadera y garante del resto de ejercicios.

Hemos aprendido también a desconfiar sistemáticamente de cualquier tipo de propaganda, no solo comercial sino sobre todo política; y, por supuesto, de la *propaganda propia*, de quienes se llaman *afines*.

Por si faltara poco, han ido predominando –incluso con poder coercitivo– las *versiones oficiales* de la historia, en especial de la reciente; en esto hemos sobrepasado con creces a otras naciones de nuestro entorno, y, para más inri, estas interpretaciones unilaterales están trufadas de ignorancia y de malevolencia; queda claro que se trata de controlar el pasado para hacer lo propio con el presente y con el futuro.

No se excluyen de estas desilusiones adultas las *tapaderas* supuestamente religiosas, que suelen ocultar guisos de naturaleza política, haciendo así de lo sagrado subterfugio de lo profano y, a lo mejor, de lo simoníaco.



A todo esto, las *fake news* están a la orden del día y se funden y confunden con las noticias verdaderas, que quedan muchas veces amordazadas por una implacable censura, peor que la de los estúpidos censores de antaño, preocupados por los escotes y la longitud de las faldas de las señoras.

De este modo, nuestra generación ha ido afrontando desengaños y frustraciones. Pero, como en el caso de aquellos niños de antaño que descubrían la dulce trampa de los Reyes, hemos desarrollado una tremenda capacidad de resiliencia que nos ha impedido, a Dios gracias, convertirnos en indiferentes y escépticos ante la realidad que nos circunda y la que esperamos ver en un futuro mejor. Sí, más desconfiados...

Muchos hemos mantenido, contra viento y marea, unas creencias, unas ideas y unos valores; la primera, saber que Dios está ahí y no duerme, que España sigue teniendo realidad histórica y capacidad de crearse su porvenir en torno a un proyecto auténtico e ilusionante; que la verdad, la belleza y el bien no dependen de mayorías o minorías que los voten...

A veces, parecen resonar, como consigna a nuestra edad, aquellas palabras de Douglas Mc Arthur: «Uno no se vuelve viejo por haber cumplido un cierto

número de años; se vuelve viejo porque ha desertado de los ideales. Los años arrugan la piel, pero renunciar a los ideales arruga el alma».

* * *

La nueva anormalidad

La política atraviesa una nueva anormalidad nacida del afán ególatra de Sánchez cuyas preocupaciones y aspiraciones comienzan y concluyen en sí mismo

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

Cuando el bondadoso carpintero Geppetto creó a Pinocho, y aquella noche el hada le otorgó vida y nombre, todo en aquella historia parecía encajado. Más tarde, cuando al muchachito le dio por mentir desafortadamente, el hada le condenó a que le creciera la nariz cada vez que mentara y desde entonces aquella marioneta se llama Sánchez. No debe descartarse que esta versión quede en la historia literaria con permiso de Carlo Colodi desde la tumba.

En mayo del año 2020 nuestro presidente compareció en rueda de prensa para valorar la situación del coronavirus en España y anunció que pediría una nueva prórroga del estado de alarma que duraría hasta el 21 de junio, día en



el que comenzaría la «nueva normalidad». Esa situación se arboló legalmente en un Real Decreto de junio, en efecto tras concluir la alarma. Todos recordamos ese periodo esperanzador en el que se nos convocaba a recuperar con alegría el tiempo perdido como recordamos que una ministra, a cuento de las

mascarillas suprimidas en la calle, se felicitaba porque ya recuperábamos la visión de la sonrisa.

Lo cierto es que nuestra realidad atraviesa una creciente «nueva anormalidad». Cada noticia de interés y repercusión en los ciudadanos es más anormal, más preocupante, más loca. Nos hemos llevado muchos chascos a lo largo de estos casi dos años y hemos sido víctimas de innumerables mentiras. Yolanda Díaz, entonces sólo ministra, hizo público hace unos meses que ya era consciente el 15 de febrero de 2020 de la gravedad de la pandemia y el 4 de marzo distribuyó en su Ministerio una guía sobre la amenaza sanitaria que, según ella misma, contó con las críticas del Gobierno del que, por cierto, ella formaba parte; cuatro días antes de las fatídicas marchas feministas del día 8 de marzo que dispararían los contagios.

En varios países de la UE sus Gobiernos o, en su caso, sus ministros de Sanidad tuvieron que responder de su gestión de la pandemia; en España, no. La

Sala Segunda del Tribunal Supremo rechazó en diciembre de 2020 una treintena de denuncias y una veintena de querellas contra el Gobierno de Sánchez por sus acciones/inacciones relativas al coronavirus, tras la petición de la Fiscalía de que se archivaran todas ellas. Sin embargo, hubiese resultado normal y lógico investigar la veracidad o no de lo declarado nada menos que por la ministra y vicepresidenta segunda, de modo que se supiese si el Gobierno había ocultado información en un caso tan sensible, y por meros intereses partidistas.

Desde los estados de alarma no hemos ganado para sustos ni el Gobierno para papirotazos no sólo en la pandemia, también en la Justicia, en la economía y en la política.

Hace muchos años, ay, en mi lejana mocedad, subrayé una frase que Conan Doyle pone en boca de su criatura literaria Sherlock Holmes: «Uno comienza a alterar los hechos para encajarlos en las teorías, en lugar de encajar las teorías en los hechos».



Eso le ha ocurrido a Sánchez con la reforma laboral, en este caso desde el protagonismo concedido a su voluntariosa vicepresidenta Díaz; la UE no quería el derribo de la reforma anterior, tan eficaz, también en la última crisis, y lo vendan como lo vendan, Pedro y Yolanda, Yolanda y Pedro, se han quedado en el

maquillaje. Los sindicatos mayoritarios, tan contentos y sumisos, con inyecciones de dineros en el BOE un día sí y otro también, ya se moverán cuando se lo pidan. Ya dijo la vicepresidenta Díaz, en amenaza a la que no hubiese hecho ascos La Pasionaria, que la oposición nunca ganaría unas elecciones y si lo lograba se incendiaría la calle. Muy democrático; nostalgias de la Komin-tern.

En el terreno económico el Gobierno vive la anormalidad en sus previsiones de unos Presupuestos del Estado que son el cuento de la lechera, a los que, sobre el supuesto crecimiento económico, le han sacado los colores el FMI, la OCDE, la UE, el panel de Funcas, el Banco de España y más. En el ámbito de la Justicia, el Ejecutivo no paga, hasta ahora al menos, el ridículo y las consecuencias que supondrían para cualquier Gobierno democrático las tres sentencias del Tribunal Constitucional sobre la ilegalidad de los dos estados de alarma y la mordaza a las Cortes Generales porque aquí el presidente, la presidenta del Congreso y los ministros no dimiten hagan los desaguizados que les plazcan. Actúan desde sus teorías y les responden los hechos.

La política atraviesa una nueva anormalidad nacida del afán ególatra de Sánchez cuyas preocupaciones y aspiraciones comienzan y concluyen en sí mismo. Buscó apoyos en donde ningún político responsable lo hubiera hecho: en los enemigos de España, en los que no ocultan sus objetivos. Blanqueó exi-

gencias presupuestarias de Sortu, herederos del terrorismo, a través de enmiendas de otros radicales, y la respuesta de Otegui –al que Zapatero reconoció como «hombre de paz» y Sánchez distinguió como socio prioritario del Gobierno– ha sido incluir al último jefe de ETA, David Pla, y a otra antigua dirigente de la banda terrorista, Elena Beloki, en la cúpula dirigente de Sortu. Los ingenuos piensan que esta nueva humillación torcerá los planes pactados en Ferraz de sustituir al PNV por Sortu en el Gobierno Vasco, pero no lo creo. Sánchez no se inquieta por esas minucias. Lo que no sabremos acaso nunca es, si eso sucede, lo que lamentará el PNV haber traicionado los compromisos previos con el PP cuando se votó la moción de censura contra Rajoy. Un golpe parlamentario de libro, incluida la manipulación de una sentencia judicial para justificarla.

No creo que nadie en el Gobierno recuerde la célebre afirmación de Einstein: «No podemos resolver problemas de la misma manera que cuando los creamos».

* * *

«Caperucito rojo» y el lobo

Roberto Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

Lo malo de los cuentos es que cuando uno se hace mayor comprueba que lo son. Ni las fregonas se casan con los príncipes, ni los leones se enamoran, ni las nietas recuperan a sus abuelas si un lobo se las come. Como en el poema de José Agustín Goytisolo, que Paco Ibáñez tan bien musicó e interpretó, solo en un mundo al revés los lobitos buenos son maltratados por los corderos, y, aunque sí puede haber príncipes malos, no hay piratas honrados, ni tampoco hermosas brujas.

Es muy probable que ayer Pedro Sánchez se despertase del mundo al revés que nos pintó en su largo anuncio de fin de año pagado con fondos públicos



con la noticia de que la tasa interanual del IPC subió 1,2 puntos en diciembre y se situó en el 6,7 %, la más alta desde marzo de 1992, es decir, desde hace ¡29 años! Casi nada.

Como casi nada significa la noticia que yo recordé el miércoles aquí: el informe de *The Economist* (*Which economies have done best and worst during the pandemic?*) que coloca a España de

último entre los 23 países ricos analizados, por ser aquel donde más ha caído el PIB (-6,6 %), más se han reducido los ingresos familiares (-6,3 %), más han bajado las acciones empresariales en la bolsa (-7,2 %) y el tercero en que más caído la inversión (-6,5 %).

Pero, como no solo de pan vive el Gobierno, al presidente del de España también se le olvidó mencionar en su publlirreportaje que el 2021 ha sido el año

en que el Tribunal Constitucional declaró inconstitucionales el primer y el segundo estados de alarma y el cierre del Congreso durante la pandemia; en que el manejo del caso Gali por uno de sus ministros, ahora condecorado, como todos, con la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, provocó la mayor crisis con Marruecos en muchos años; en que violó su palabra, empeñada incluso en una declaración institucional, de no indultar a los presos golpistas; en que, aun siendo cierto (el truco del almendruco) que ha aprobado dos presupuestos seguidos, eso fue después de que tuviera que prorrogar los de 2018 en 2019 y 2020, algo completamente insólito; en que el PSOE ha blanqueado definitivamente ¡como una fuerza democrática! a EH Bildu, que hoy homenajea a uno de los etarras más sanguinarios; o en que sus promesas de regeneración democrática se han quedado en ataques al poder judicial que ningún gobierno desde 1977 se había permitido, como, entre otros, calificar de «ven-ganza» la sentencia del *procés*.

Por lo demás, y en el primer problema del país –la lucha contra el covid– el Gobierno se ha distinguido en el 2021 por dos hechos sobresalientes: seguir negándose a aprobar la ley de pandemias, que facilitaría el trabajo de las comunidades; y haberles endosado combatir los contagios, para lo que ha sido fundamental un monumental proceso de vacunación en el que el Gobierno no ha intervenido para nada, salvo para hacer lo que mejor sabe: propaganda.

Pero en la vida real no hay caperucita roja (ni caperucito rojo, ¡ojo con la corrección política!) que, antes o después, pueda resistir al lobo.

* * *

El meteorito ya está sobre nosotros

«Mientras usted, querido lector, rebusca en su monedero para pagar la luz, nuestros dirigentes le instan a participar en una huelga de juguetes»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Mucho se habla estos días de la nueva película de Netflix: *No mires arriba*. Más allá de las interpretaciones, el guion o la dirección – análisis que dejo para los críticos cinematográficos–, creo que su éxito radica en conseguir que el espectador extrapole muchos de los elementos de la trama del largometraje a la realidad que vivimos: gobernantes inútiles y alejados de los problemas acuciantes de sus ciudadanos que se comportan como verdaderos psicópatas; medios de comunicación entregados al amarillismo y a la desinformación y una sociedad aborregada, manipulable y servil que antepone la ideología a lo que sucede antes sus narices.

El meteorito de la película de marras no es una referencia metafórica a la covid-19 como muchos han querido interpretar, sino la verdad desnuda que se muestra ante nuestros ojos aun cuando muchos rechacen mirarla, la evidencia descarnada que se acaba imponiendo aunque la mayoría pretenda huir de ella. La realidad que arrasa con todo y con todos al margen de su poder político, social o mediático.

Durante estos dos años de pandemia en los que nos hemos sentido protagonistas involuntarios de una serie distópica de terror en la que a las muertes

causadas por el coronavirus se han unido los problemas de salud mental provocados por las restricciones y la miseria que han generado, la reacción política, mediática y social reúne tantas analogías con la que se nos muestra en la película de la popular plataforma que a muchos les cuesta asimilarlo.

Según el INE, el porcentaje de población en riesgo de pobreza o exclusión social aumentó en 2020 al 26,4%, desde el 25,3% de 2019. El 7,0% de la población se encontraba en situación de carencia material severa, frente al 4,7% del año anterior. El suicidio se ha convertido en la principal causa de muerte entre los menores de treinta años por primera vez en la historia, por delante de los accidentes de tráfico. Y entre los menores de cincuenta ocupa también un lugar destacado. La subida desbocada del precio de la luz ha provocado que la llamada «pobreza energética» afecte ya a uno de cada diez españoles. De los veintitrés



países que conforman la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), entre los que se encuentran Turquía, Colombia o Chile, España es el país que peor lo ha hecho con diferencia ya que nuestro PIB ha caído en torno a un seis por ciento.

El panorama es desolador en múltiples niveles, pero a nuestras élites políticas no les interesa la realidad, no sea que se vean forzadas a gestionar y a trabajar: mejor la soslayan e ignoran. Mientras usted, querido lector, rebusca en su monedero hasta el último céntimo para pagar la hipoteca, el alquiler y la factura de la luz o hace colas de horas para conseguir un test de antígenos, nuestros dirigentes le instan a participar en una huelga de juguetes contra el sexismo de los regalos de navidad o financian una campaña para saber reconocer el verdadero roscón de nata. Cantidades ingentes de dinero que van a parar a los bolsillos de ministros sin oficio ni beneficio cuyo destino es crear chiringuitos donde colocar y ser colocados mientras usted apaga el radiador y enciende unas velas.

El contrato social que consistía en contribuir a lo común para lograr mayores cotas de bienestar ha sido modificado unilateralmente por quienes detentan el poder estatal: al buen ciudadano ya no sólo le basta con pagar impuestos y cumplir con la ley, sino que ha de encajar en los cánones ecologistas, feministas, veganos e inclusivos diseñados desde los ministerios. No tienen bastante con moldear nuestras carteras, sino que también quieren hacerlo con nuestra personalidad.

Los ciudadanos nos hemos convertido en el chivo expiatorio de todos los males del mundo, así que ha llegado el momento de que nos reprogramen para que asumamos que hemos de entregarles libertad a cambio de seguridad. El

paro, la depresión y la miseria la solucionan con veganismo, comida ecológica y mascarillas al aire libre. Ni un solo céntimo invierten para solucionar los males que realmente nos acucian. Y los principales medios de comunicación participan de esta insidia a gran escala sin cuestionarse su responsabilidad en esta infamia. Le intentan convencer de que sus problemas son distintos a los que realmente sufre. Pero el meteorito está ahí arriba, como alegoría de la verdad inexorable que, antes que después, arrasará con esta absurda pantomima.

* * *

***The Economist* hunde a Sánchez: la economía española fue la peor gestionada durante la pandemia**

La prestigiosa publicación compara la evolución de veintitrés países y somos los peor parados

Jordi Benítez (*El Debate*)

El prestigioso *The Economist* ha realizado un análisis en el que constata que la mayoría de las economías de los 38 países de la OCDE superó hace unos meses su nivel anterior a la crisis. La tasa promedio de desempleo de esta liga de países ricos se sitúa en el 5,7 %, un nivel parecido al de la posguerra. Los ingresos totales por hogares, ajustados por la inflación, están por encima del nivel anterior a la crisis. La situación mejora, pero entre los países hay grandes diferencias, ganadores y perdedores, y es probable que la distancia persista en 2022.

Para evaluar estas diferencias, *The Economist* ha recopilado datos sobre 23 países ricos en torno a cinco indicadores económicos y financieros: evolución del PIB, ingresos de los hogares, comportamiento de la Bolsa, inversión de capital y deuda pública.



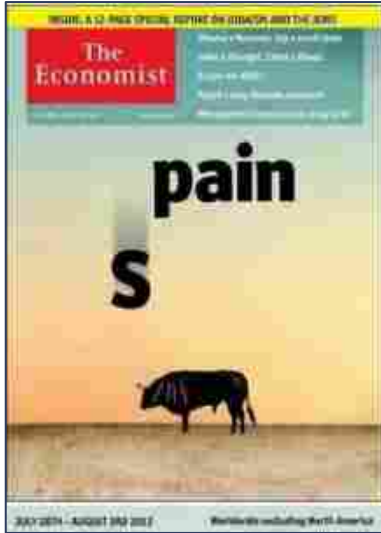
Han clasificado cada economía de acuerdo con su desempeño en cada indicador y de ahí ha salido una clasificación general. La conclusión es que algunos países siguen en el pozo y a otros les está yendo mejor que antes

de la pandemia. Dinamarca, Noruega y Suiza están entre los mejores. Estados Unidos se ha desempeñado bastante bien. Reino Unido, Alemania e Italia han ido peor. España ha sido la peor de todas.

Según el análisis de *The Economist*, nuestra economía es la que más ha caído entre los países estudiados (-6,6 %), la que más reducidos ha visto sus ingresos familiares (-6,3 %), la que más ha visto descender las acciones de sus

empresas en el mercado de valores (-7,2 %) y la tercera que más ha visto caer la inversión (-6,5 %).

La economía española ha sufrido en buena medida debido al impacto sobre el turismo de la pandemia y sus restricciones. Otros lo han hecho por el elevado número de muertes e infecciones y la consiguiente limitación del gasto de los consumidores, como ha ocurrido en Bélgica y Reino Unido.



Donde el impacto del virus ha sido leve, el empleo no ha sufrido tanto. La tasa de desempleo apenas se ha movido en Japón desde que empezó la pandemia, según *The Economist*. La de España aumentó en tres puntos porcentuales entre febrero y agosto de 2020.

Frente al bloqueo de la economía por culpa del desempleo, algunos países optaron por dar dinero a sus ciudadanos. El caso más destacado fue el de Estados Unidos. Canadá hizo algo similar. Los países bálticos manejaron su sistema fiscal para proteger la caja de las empresas o ampliar la atención sanitaria. Austria y España no hicieron ni lo uno ni lo otro, y los ingresos de los hogares están aún un 6 % por debajo del nivel prepandémico.

La OCDE espera que el PIB combinado de los tres países mejor clasificados sea un 5 % superior a su nivel prepandémico a final del año que viene. Por el contrario, se prevé que el de los tres peores sea solo un 1 % más alto que antes del Covid. Las diferencias permanecerán y castigarán a los que no han sabido gestionar bien la pandemia.

* * *